HILDA ANGÉLICA GARCÍA

EL MANTEL

Tendía su blancura al mediodía
abierto a los aromas de la mesa,
y sus voces de pan eran promesa
de un tiempo venturoso de alegría.

Bordado de jazmines, parecía
proyectar en el aire su belleza.
Y el agua reflejaba la pureza
que en un vaso clarísimo vertía.

Oropel del amor, almidonado;
espacio del laurel y la vajilla,
llevaba como un río a sus orillas

el caudal de la sopa derramado.
Ventanal a un paisaje iluminado
de ternura, de humor, de maravilla.

EL CANILLITA

Pequeña dimensión
de voz y frío
transitas en el alma de las calles.
No comprendes
el paso de los días
ni en qué región
quedó
con el invierno,
la breve melodía
de algún sueño.

Cambiaste la pelota
por noticias
de las luchas
de blancos
contra negros.
La canción infantil
se volvió espera.
No te bastó el título de niño
para olvidar
que el pan cuesta dinero,
que la ciudad es grande
y se la pisa
y se la aprieta
en la garganta luego.
Tu risa se hizo adulta
en la esperanza
y creció en el grito
como un eco.
La batalla es tuya cada día.
Hombrecito,
dolor
¡y caramelo!

LA ABUELA

Estaba quieta como un claro día
entregándose al sol.
Callada estaba,
empapada de voces que partían hacia una calle triste.
Las palabras
volaban
y subían como pájaros lentos.
Sus ojos regresaban al mar por las cornisas
de un sueño interminable. Parecía
rezar, desovillando
un laberinto manso entre sus dedos enredados al llanto.
Sus párpados se abrían a un cielo sosegado.
En otro puerto, lejos, cantaban los molinos
su escándalo de pan; la hogaza tibia
crujía en su dorada vestidura

desplegando su aroma en la cocina,
envolviendo las horas de la infancia,
recogiendo los días.
Sostenida en su luz,
en su destino de aguja y de dedal,
estaba quieta,
hilvanada a su sombra.
En el umbral su huella dibujada en cenizas
se ocultaba en las hojas.

LAS LOCAS

Ellas van,
caminan por la plaza,
pasan, pisan las horas,
se desnudan, se despojan del tiempo,
eternizan la luz y cristalizan la sombra de sus sueños.
Llevan palomas blancas prendidas a su pelo,
desgajan paso a paso el grito de su sangre
y riegan su ternura en lágrimas de espera.
Ellas van, anudan el pañuelo
al calendario,
nervioso campanario de fuego y de memoria.
Los días despellejan el olvido,
medallones de sal en las ojeras
abiertas al dolor;
manos de seda
harapos de caricias agitadas.
Ellas van,
caminan silenciosas.
Habrán perdido todo, no los sueños.
En círculos avanzan ahogadas en sus gritos.
Ya nada será igual desde aquel día que aprendieron el llanto,
rezaron por sus hijos,
perplejas esperaron.
Pusieron una rosa en las heridas,
ataron un pañuelo a su cabeza
y siguen dando vueltas a la plaza.